

## Notas sobre la representación del mundo en el *Libro de Alexandre*

Melisa Marti

Facultad de Filosofía y Letras, UBA

[melisa\\_marti@yahoo.com](mailto:melisa_marti@yahoo.com)

### Resumen

El propósito de este trabajo será analizar el modo en que la obra elegida, el *Libro de Alexandre*, refleja la representación medieval del mundo. Para ello, se la pondrá en correlación con los testimonios cartográficos de la época, cuya naturaleza particular pone de manifiesto una inquietud por *narrar* el mundo, más que por mostrarlo como un ente estático, y por abarcar diversos aspectos de la cultura. Debido a que cuentan una historia, los mapamundis medievales necesariamente establecen una relación de intertextualidad con las obras literarias de su tiempo y, como se verá a lo largo de este trabajo, funcionan como un atractivo complemento de éstas.

El *Libro de Alexandre*, cuya discutida fecha de aparición ronda los albores del siglo XIII, es un claro ejemplo de la articulación existente entre las representaciones cartográficas y literarias de la imagen del mundo medieval, ya que simboliza la inquietud del hombre de su tiempo, fascinado por tierras aparentemente inalcanzables, por las noticias confusas que de ellas traían los exploradores y por el deseo de conquistarlas. En esta obra, además, la convivencia de elementos paganos y cristianos nutre el tratamiento de las problemáticas geográficas de modo insoslayable, y nos permite sopesar el valor que el mundo clásico tenía para el hombre medieval, y el modo en que lo integraba a su sistema de ideas.

Por lo tanto, partiendo del análisis de los testimonios cartográficos y de las digresiones referidas a aspectos geográficos que esta obra exhibe, este estudio intentará definir qué factores filosóficos, cosmográficos y retóricos entran en juego para la creación del espacio literario.

### Abstract

This article will consist of a detailed analysis of the representation of the medieval image of the world in the *Libro de Alexandre*. To achieve this, we shall search for a correlation between the aforementioned poem and contemporary works of cartography, whose particular nature manifests an interest in *narrating* the world, rather than displaying it as a static object, and in spanning diverse aspects of culture. Because they tell a story, medieval mappae mundi establish an intertextual bond with the literary works of their time and, as we shall see throughout this study, they work as an appealing counterpart to them.

The *Libro de Alexandre*, whose composition is supposed to have occurred sometime during the first decades of the thirteenth century, is a clear example of the articulation that exists between cartographic and literary representations of the medieval image of the world, as it symbolizes the concerns of medieval men, fascinated by apparently unreachable lands, by the confusing news brought by explorers of faraway territories, and by the desire of conquering them. Furthermore, the coexistence of pagan and Christian elements nourishes

the treatment of geographic matters considerably, and allows us to consider the value that the ancient world had to medieval men, and the way it fit in their outlook.

In conclusion, starting from the analysis of medieval cartography and the geographic digressions included in the *Libro de Alexandre*, this study will try to define which philosophical, cosmographic and rhetorical factors come into play when creating literary space.

*Saber el sol dó nace, el Nilo ónde mana*

(Cañas 2003: 513)

El *Libro de Alexandre*, cuya discutida fecha de aparición ronda los albores del siglo XIII, es un claro ejemplo de la articulación existente entre las representaciones cartográficas y literarias de la imagen del mundo medieval. El hecho de que Alejandro se constituya en un modelo de viajero por no estar únicamente motivado por su impulso conquistador o bélico, sino por su afán de conocer, hace que esta obra pase a simbolizar la inquietud del hombre de su tiempo, fascinado por tierras aparentemente inalcanzables, por las noticias confusas que de ellas traían los exploradores y por el deseo de conquistarlas.

El propósito de este trabajo será, por lo tanto, analizar el modo en que el *Libro de Alexandre* refleja la representación medieval del mundo. Para ello, se la pondrá en correlación con los testimonios cartográficos de la época, cuya naturaleza particular pone de manifiesto una inquietud por narrar el mundo, más que por mostrarlo como un ente estático, y por abarcar diversos aspectos de la cultura. Debido a que cuentan una historia, los mapamundis medievales necesariamente establecen una relación de intertextualidad con las obras literarias de su tiempo y, como se verá a lo largo de este trabajo, funcionan como un atractivo complemento de éstas.

Nutrido de abundantes alusiones a seres y lugares maravillosos, el *Alexandre* ofrece una pintura fabulosa del Oriente medieval. Las hazañas de Alejandro Magno, el viajero por excelencia con anterioridad a Marco Polo, sirvieron de marco ideal para la descripción del mundo conocido y sus misterios. No casualmente, este héroe conquistador paradigmático, “conquiso tod’ el mundo, metiólo so su mano” (Cañas 2003: 134).

Tomemos como punto de partida la notable evocación de los esquemas isidorianos, sobre todo en la primera gran digresión geográfica, que consta de una descripción del globo terráqueo:

La materia lo manda    por fuerça de razón,  
avemos nós a fer    una desputación,  
cómo se parte ‘l mundo    por triple partición  
cómo faze la mar    en todas división.

El que partió el mundo fizolo tres partidas,  
son por braços de mar todas tres divididas,  
la una es mayor, las otras son más chicas,  
la mayor es calient e las dos son más frías.  
(Cañas 2003: 184-185)

Así comienza esta digresión, basada en el *Alexandreis* de Châtillon, en la que se alude a los muy difundidos esquemas cartográficos llamados mapas “T en O” (Terrarum Orbis). Estos mapas diagramáticos se incluían en las sucesivas ediciones de las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla y reproducían sin muchos detalles la configuración de la Tierra, dividida en tres continentes cruzados por dos cursos de agua en forma de T y rodeados por un océano, la O (que, además, posee el poder emblemático del círculo). La barra transversal de la T representa una línea continua formada por el Nilo, el Helesponto, el Ponto Euxino (mar Negro), el Palus Maeotis (mar de Azov) y el río Tanais (Don), que separa Asia (ubicada en la mitad superior del mapa) de los otros dos continentes. El otro curso de agua corresponde al Mar Mediterráneo y divide la mitad inferior del mapa. A la izquierda se ubica Europa, y África, a la derecha. Este esquema implica una perfección inmutable del diseño divino, simbolizado por el círculo, la persistencia del número tres y la figura de la cruz, por lo que esta tradición no admitía la inclusión de un cuarto continente.

Con respecto a lo anterior, leemos en el *Alexandre*:

Tiene el Christianismo a Europa señera;  
moros tienen las otras por nuestra grant dentera.

Qui asmar cómo yazen los mares, de cuál guisa,  
el uno que comedia, el otro que quartiza,  
verían que tien la **cruz** essa figura misma,  
ond devién los incrédulos prender la mala cisma [...]

Es más rica de todas Asía e mayor  
aún como es tan buena devié seer mejor;  
deviénle reverençia todas dar e onor,  
ca y nació don Christus el nuestro redemptor [...]

Toda Santa Iglesia d’allí priso ‘l çimiento,

dent fueron los apóstolos, un honrado conviento;  
 pero a Europa Dios le dio grant alçamiento,  
 ca es Roma cabeça de tod' ordenamiento.  
 (Cañas 2003: 185-187)

En estos últimos versos (y los que les siguen, hasta la copla 293) se evidencia un claro caso de “medievalización” o “cristianización” de la materia que ocupa al autor del *Alexandre*. La misma podría apuntar, como señala Jesús Cañas en sus notas al pasaje, un intento por “acercar la materia abordada al posible lector de la obra [...], lograr que aquél se sienta identificado con ésta, y hacer mucho más eficaz, mucho más asimilable, la doctrina profunda, de carácter moral, que se esconde tras el puro argumento” (2003: 185). Lo mismo sucede con una imagen muy explotada por la literatura medieval que se incluye a continuación de estas coplas: la de los ríos del Paraíso terrenal, una de las más grandes obsesiones de los viajeros medievales: “Ixen del paraíso las quatro aguas santas” (Cañas 2003: 187).

Esta tendencia a la cristianización no sólo aproxima la temática de la obra al lector medieval, sino que entraña además la idea –ya mencionada– de “la santa armonía” (Cañas 2003: 329), el Orden divino en el que cada fracción del universo es análoga al todo: “manifiesta de un lado la concepción orgánica y organizada del universo como un conjunto en el que todos sus componentes se hallan relacionados y perfectamente trabados entre sí” (Cañas 2003: 185). En efecto, el *Alexandre* se hace eco de una tradición de raíces antiguas que asimila a la divinidad con su Creación. De acuerdo a esta concepción, muy extendida en las letras hispánicas, el hombre es un microcosmos que refleja la composición de la Tierra. El hecho de que la representación del mundo proceda por analogía se manifiesta en la tradición (mileneria y casi universal) que hace del cuerpo un modelo del mundo. Esto responde a la “concepción armónica y organizada del universo”, ya que “la constitución física del mundo refleja la constitución física del hombre”, por lo que “en última instancia, el mundo también ha sido formado a imagen y semejanza de Dios” (Cañas 2003: 136). La metáfora de “tener el mundo en la mano” agudiza, en este contexto, su potencia simbólica.<sup>1</sup> Por otra parte, la centralidad de esta concepción en el pensamiento medieval radica en su valor cognitivo, puesto que, como explica Paul Zumthor, “los arquetipos a los que remiten nuestras representaciones del espacio proceden de nuestra conciencia corporal” (1994: 18). En consecuencia, los ejes alto-bajo, adentro-afuera, cerca-lejos, e incluso las unidades de medición (pies, palmos, etc.) muestran el peso que el cuerpo humano tiene sobre la concepción del espacio. Fundamental es para la materia el estudio de Francisco Rico, que rastrea las fuentes de este tópico en la filosofía grecolatina y de la Alta Edad Media.<sup>2</sup> “La

<sup>1</sup> De hecho, la analogía existente entre Dios, el mundo y el hombre supone el riesgo de que éste busque la identificación total con el primero de estos términos. Puede interpretarse la ambición de Alejandro como la de quien busca ser Dios y fracasa. La divinidad le quita su protección y éste se encamina hacia su muerte.

<sup>2</sup> A modo de ejemplo, podemos mencionar la siguiente analogía de San Isidoro: “de la misma manera que el cuerpo humano es uno y tiene en sí muchos miembros y la casa es

definición del hombre como microcosmos (o del cosmos como hombre) venía aceptándose casi unánimemente desde siglos atrás, y pocos clérigos dejarían de conocerla glosada en más de un sentido” (1979: 56).

Sin dudas, el pasaje que evidencia con claridad la influencia de este tópico sobreviene cuando Alejandro emprende su viaje aéreo, “por veer tod’ el mundo cóm yazié o cuál era” (Cañas 2003: 549), puesto que allí “el autor traza las semejanzas y correspondencias entre el mundo y el hombre basándose en el mapamundi insertado en las *Etimologías*” (Cañas 2003: 550):

Solémoslo leer, dizlo la escriptura,  
que es llamado mundo del omne por figura;  
qui comedir quisiere e asmar la fechura,  
entedrâ que es bien a razón sin pressura.

Asia es el cuerpo, segunt mi oçient,  
sol e luna los ojos, que naçen de orient,  
los braços son la cruz del Rey omnipotent,  
que fue muerto en Asia por salut de la gent.

La pierna que deçende del siniestro costado  
es el reino de África por ella figurado [...]

Es por la pierna diestra Eüropa notada,  
ésta es más católica, de la fe más poblada.  
(Cañas 2003: 550-552)

Las proporciones de los continentes, como se ve, se corresponden con las partes del cuerpo que les son análogas: a Asia, la mayor parte del cuerpo; a Europa y África, las de menor tamaño (proporción que, como ya se ha visto, se menciona en la copla 277). Por otra parte, se incurre una vez más en la medievalización, y se le asigna el carácter de cruz a la franja que forman los mares en el eje norte-sur. Como ya se pone de manifiesto en el Mapa T en O de las *Etimologías*, esta figura de la cruz no era ajena a la cartografía medieval. Pero si observamos mapas contemporáneos a la aparición del *Alexandre*, vemos que la simbología cristiana se explicita aun más: el mapamundi de Ebstorf, cuya aparición ronda el año 1234,

---

una y tiene muchas habitaciones, lo mismo decimos también de la tierra, y decimos lugares, es decir, extensión de tierra, cuyas partes son provincias” (1951: 349).

comprende la figura de Jesucristo, cuya cabeza marca el este; sus manos, el norte y el sur; y sus pies, el oeste –tal como lo describen estas coplas. En esta etapa de la evolución de la cartografía se hace patente el enciclopedismo, y en este caso es clara la convivencia de elementos de la historia, la teología y la teratología (pueden observarse monstruos dispersos por la tierra, además de los antípodas). Si se tiene en cuenta que, por ejemplo, el centro de un mapa como éste coincide con Jerusalén –y, a su vez, con el corazón de Jesucristo– se torna indiscutible el hecho de que estas bellas obras de la cartografía disten mucho de la representación realista o práctica de la Tierra propia de la Modernidad. Como ya se ha dicho, los mapas narran una historia, y en este caso se busca que esta narración abarque todos los aspectos de la Creación –incluso los paganos–, tal como intenta hacerlo el mismo Alejandro por medio de su plan conquistador.<sup>3</sup> Por otra parte, el poeta de la obra que nos ocupa no se detiene en superficialidades, y ahonda en más detalles de la anatomía terrestre:

La carne es la tierra    espessa e pesada,  
el mar es el pellejo    que la tiene çercada,  
las venas son los ríos    que la tienen temprada,  
fazen diestro e siniestro    mucha tornaviscada.

Los huessos son las peñas    que alçan los colados,  
cabellos de cabeça    las yervas de los prados.  
(Cañas 2003: 552)

En efecto, la analogía del mundo y el cuerpo humano va más allá de la apariencia externa. C. S. Lewis, por ejemplo, se refiere a la correspondencia existente entre la división del mundo en zonas climáticas y el cuerpo humano:

Está compuesto de los cuatro contrarios. Recuérdese que en el mundo éstos se combinan para formar los elementos: fuego, aire, agua y tierra. Pero en nuestros cuerpos se combinan para formar los humores. Caliente y húmedo forman sangre; caliente y seco, bilis; frío y húmedo, flema; frío y seco, melancolía [bilis negra]. (2002: 130)

---

<sup>3</sup> El hombre también se constituye en Creador, y un eslabón más puede agregarse a la cadena de correspondencias: el libro bien podría serlo, lo que explicaría la recurrencia del número tres. Más allá de la evocación teológica que este número supone, cabe recordar que “el que partió el mundo fizolo tres partidas” (Cañas 2003: 185) y, en consecuencia, el hombre ha de estructurar su obra a la manera de su Creador. De modo que la creación divina, el mundo, se refleja en la creación humana, el libro.

Por otro lado, si se observa un mapamundi como el de Ebstorf, los ríos realmente parecen venas y arterias que irrigan la Tierra.

A su vez, esta correspondencia entre el cuerpo y el mundo explica los prodigios que se producen cuando nace Alejandro: “en la cadena del universo cualquier anomalía que se produzca en uno de los eslabones tiende a repercutir en el resto” (Cañas 2003: 136). En consecuencia, el nacimiento del héroe desencadena toda clase de fenómenos climáticos y altera el comportamiento de algunos animales. Lo que sucede en uno de los niveles, repercute en los otros. En este caso, por ser Alejandro un hombre excepcional, se produce un quiebre en el orden terrestre, que desencadena estos fenómenos.

Por otra parte, Oriente es, a los ojos del hombre europeo medieval, el territorio privilegiado por lo maravilloso. A medida que Alejandro expande su poderío por la tierra, también lo hace por el ámbito de lo fabuloso y lo extraño.<sup>4</sup> La primera gran digresión sobre lo maravilloso se produce cuando el héroe y sus hombres atraviesan la India, donde hallan todo tipo de “mostros” con los que deben enfrentarse, como ratones y cerdos gigantes, serpientes voladoras y otras bestias que aterrorizan a los hombres de Alejandro. El hecho de que estos enfrentamientos se produzcan en tierras desérticas, donde las huestes del héroe casi pieren de sed, remite a la idea transmitida por, por ejemplo, los esquemas cartográficos de Macrobio, en los que las tierras donde reinaba lo maravilloso eran inaccesibles no sólo por la amenaza de estos monstruos, sino por la zona climática que abarcaban: el hombre no podía llegar a ellas por las altísimas temperaturas. Si bien la India no pertenecía a esta franja, esta característica de su clima es también una advertencia a los viajeros. Más adelante también son mencionados seres de formas extrañas, de características similares a los antípodas que podemos observar en, por ejemplo, el mapamundi de Salterio: “Teniendo su carrera que avie enpeçada, / fallaron los açephalos, la gent descabeçada; / traen ante los pechos la cara enformada, / podrién a sobrevienda dar mala espantada” (Cañas 2003: 548).

Por otra parte, un episodio particularmente llamativo, en el que Alejandro se interna en un mundo vedado por muchos milenios al hombre, es el de su viaje subacuático, en el que su astucia le permite diseñar un submarino especial para poder contemplar a los habitantes del reino oceánico. Aquí puede observarse nuevamente un número de correspondencias como las que ya se han analizado, puesto que los peces, como los hombres, parecen rendirle pleitesía a Alejandro: “Tanto se acogían al rēy los pescados / como si los oviesse por armas sobjudgados; / vinién fasta la cuba todos cabeztornados, / tremién todos ant’ él como moços mojados” (Cañas 2003: 519). Además, se establece otra analogía acerca de los animales marítimos que, como los hombres, incurren en la soberbia, que “es en todos lugares, / es fuerça en la tierra e dentro en los mares” (Cañas 2003: 520). Por lo tanto, una vez más, la armonía de la Creación se pone de manifiesto en toda la extensión terrestre.

---

<sup>4</sup> La importancia de la representación (en la literatura y, por qué no, la cartografía) de las maravillas radica en el hecho de que, como arguye Alan Deyermond, las bestias fabulosas y otros prodigios constituyen una parte integral de la descripción geográfica (1996: 150), que ilustran la curiosidad que experimentaba el hombre frente a las tierras que escapaban a su conocimiento empírico.

En conclusión, vemos cómo en el *Libro de Alexandre* el héroe clásico simboliza la inquietud del hombre medieval, fascinado por aquellas tierras infranqueables, por las noticias confusas que de ellas traían los exploradores y por el deseo de conquistarlas. Vemos también el modo en que la reformulación de las aventuras del héroe supone una atractiva confluencia de elementos propios del imaginario cristiano, de la tradición de lo maravilloso y de la cultura clásica. Esta mixtura no sólo nutre el tratamiento de las problemáticas geográficas de modo insoslayable, y nos permite sopesar tanto el valor que el mundo clásico tenía para el hombre medieval, como el modo en que lo integraba a su cultura. También hace del *Libro de Alexandre* una obra cuya riqueza nos permite intuir la manera en que las distintas culturas dejaban su huella en la literatura hispánica y contribuían a formar el complejo tapiz del sistema de ideas medieval.

### **Bibliografía**

Cañas, Jesús (ed.), *Libro de Alexandre*. Madrid: Cátedra, 2003.

Deyermond, Alan. “Building a World: Geography and Cosmology in Castilian Literature of the Early Thirteenth Century”. En *Canadian Review of Comparative Literature*, 23, 1: 141-59, 1996.

\_\_\_\_\_. “El Alejandro medieval, el Ulises de Dante y la búsqueda de las antípodas”. En *Maravillas, peregrinaciones y utopías: Literatura de viajes en el mundo románico*. Edición de Rafael Beltrán. Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 2002.

Isidoro de Sevilla. *Etymologiae*, Madrid: Editorial Católica, 1951.

Le Goff, Jacques. *Lo maravilloso y lo cotidiano en el occidente medieval*. Barcelona: Gedisa, 1986.

Rico, Francisco. *El pequeño mundo del hombre*. Madrid: Castalia, 1970.

Zumthor, Paul. *La medida del mundo*. Madrid: Cátedra, 1994.